

KEPLER



En la mente del
hipnotista

LARS KEPLER

EN LA MENTE
DEL HIPNOTISTA

Traducido del sueco
por Gemma Pecharromán Miguel

Título original: *Stalker*

© Lars Kepler, 2014

Publicado originalmente por Albert Bonniers Förlag, Estocolmo, Suecia

Publicado en español de acuerdo con Bonnier Group Agency, Estocolmo, Suecia

© por la traducción, Gemma Pecharrmán Miguel, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

pág. 34: © *Dear Old Stockholm*, 1992 GRP Records Inc., interpretada por John Coltrane

pág. 514: © *Wanted Man*, 2014 Universal Music Spain, S.L., interpretada por Johnny Cash

Primera edición: enero de 2016

ISBN: 978-84-08-14910-1

Depósito legal: B. 26.443-2015

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Son las nueve menos cuarto del viernes 28 de agosto. Tras los atardeceres de ensueño y las noches luminosas del verano, la oscuridad llega ahora con sorprendente rapidez. Ya es de noche fuera del vestíbulo acristalado de la Dirección Nacional de la Policía.

Margot Silverman sale del ascensor y se dirige al control de seguridad del vestíbulo. Lleva un cárdigan negro cruzado, una blusa blanca ceñida y unos pantalones negros de talle alto que se estiran para adaptarse a su creciente barriga.

Se acerca sin prisa a las puertas giratorias de la pared acristalada. El vigilante está detrás del mostrador de madera con la vista puesta en una pantalla. Las cámaras de seguridad captan cada rincón del gran edificio las veinticuatro horas del día.

Margot tiene el cabello rubio, de la misma tonalidad que la madera pulida de abedul, y lo lleva recogido en una gruesa trenza que le cae por la espalda. Tiene treinta y seis años, está embarazada por tercera vez y brilla, con los ojos húmedos y las mejillas sonrosadas.

Tras una larga semana de trabajo, va de camino a casa. Ha hecho horas extras todos los días, y le han advertido ya dos veces de que se está excediendo.

Es la nueva experta de la policía judicial en asesinatos en serie, asesinatos itinerantes y acosadores. El homicidio de Maria Carlsson es su primer caso desde que tomó posesión del cargo como comisaria.

No hay ningún testigo ni ningún sospechoso. La víctima vivía sola, no tenía hijos, trabajaba como comercial en Ikea, había heredado el chalet adosado de sus padres, libre de hipoteca, cuando su padre murió y su madre ingresó en una residencia para ancianos.

Maria solía ir al trabajo con un compañero, pero aquella mañana no lo estaba esperando como de costumbre en la calle Kyrkvägen. El colega condujo hasta la casa de ella y llamó a la puerta, echó un vistazo al interior a través de los cristales, rodeó la casa y la vio por la ventana. Estaba en el suelo, con la cara destrozada y el cuello casi cercenado; la cabeza colgaba de lado y tenía la boca abierta de una extraña manera.

Según el informe preliminar de la autopsia, el resultado parece indicar en cierto modo que la boca fue recolocada después de que la víctima hubiera muerto, aunque, desde un punto de vista puramente teórico, es posible que la boca se encajara sola en esa posición.

El rigor mortis comienza en el corazón y el diafragma, pero pasadas dos horas se nota también en la nuca y en las mandíbulas.

Es viernes por la noche, y en el amplio vestíbulo se ve muy poco movimiento. Hay dos policías hablando, con sus jerséis de color azul oscuro, y un fiscal cansado sale de una de las salas donde se dictan los autos de detención y prisión preventiva.

Desde el momento en que la nombraron jefa de la investigación, Margot fue consciente de que corría el riesgo de ser demasiado ambiciosa, de querer conseguir demasiado y pensar a lo grande.

Se habrían reído de ella si les hubiera contado que estaba absolutamente convencida de que se enfrentaban a un asesino en serie.

Esta semana, Margot Silverman ha visto más de doscientas veces el vídeo en el que Maria se pone las medias. Todo apunta a que fue asesinada justo después de que el vídeo se colgara en YouTube.

Ha tratado de interpretar la breve escena, pero no ve nada de particular en ella. No es tan raro: existen personas que consideran las medias como un objeto fetiche, pero en el asesinato no hay nada que haga pensar en una desviación de ese tipo.

El vídeo no es más que una breve secuencia sacada de la vida de una mujer normal. Vive sola, tiene un buen trabajo y se dispone a salir para asistir a un curso de dibujo de cómics.

Es imposible saber por qué el homicida se encontraba en su jardín, si se trataba de una mera casualidad o si el asesinato estaba planificado al detalle. Pero lo cierto es que, minutos antes de matarla, la graba en vídeo, y tiene que haber algún motivo para ello.

Al enviar el enlace a la policía, es obvio que quiere mostrarles algo.

El asesino quiere señalar algo de esa mujer en concreto, o de cierto tipo de mujeres. Puede que se trate de todas las mujeres en general, quizá de toda la sociedad.

Pero, en opinión de Margot, no hay nada raro en el comportamiento de la mujer ni tampoco en su aspecto. Con la frente fruncida y la boca apretada, está concentrada sin más en conseguir que las medias le queden como es debido.

La comisaria ha visitado dos veces la casa adosada de la calle Bredablicksvägen, aunque primero estudió la filmación que el forense hizo de cómo quedó el lugar del crimen.

El vídeo del asesino parece casi infantil en comparación con el de la policía. Las imágenes de las huellas, captadas de cerca por los técnicos de la policía tras la salvaje agresión, son despiadadas. Filman a la fallecida desde distintos ángulos tal como aparece sentada en el suelo, con las piernas abiertas sobre un charco de sangre oscura. Tiene roto el sujetador, que le cuelga por un costado, y un pecho blanco cae sobre los forzados pliegues del estómago. De la cara no queda apenas nada, sólo una boca abierta en medio de un fango rojo.

Margot se detiene por casualidad al lado de una mesa baja con butacas que hay en el vestíbulo, mira al guardia de seguridad, que habla por teléfono, y se coloca de espaldas a él. Durante unos segundos vigila la imagen del hombre reflejada en la pared acristalada que da al amplio patio abierto, antes de coger seis manzanas del frutero que hay sobre la mesa y guardárselas en el bolso.

Seis son demasiadas, es consciente de ello, pero le ha sido imposible parar hasta que ha cogido todas las que había. Piensa que quizá Jenny pueda preparar un pequeño pastel de manzana por la noche, con láminas de mantequilla caramelizada, azúcar y canela.

Una llamada al móvil dispersa sus pensamientos. Mira la pantalla y ve la foto de Adam Youssef, que forma parte del equipo de investigación.

—¿Estás aún en comisaría? —pregunta Adam—. Dime que sí, porque tenemos...

—Ya estoy en el coche, en la autovía de Klarastrand —miente ella—. ¿Qué ibas a decirme?

—Nos ha llegado un nuevo vídeo.

A Margot le ruge el estómago y se lleva una mano a la parte baja de su pesada barriga.

—Un nuevo vídeo —repite.

—¿Vienes?

—Doy media vuelta y voy —contesta, y empieza a caminar de regreso—. Encárgate de que nos hagan una copia del vídeo.

Margot podría haber seguido caminando por el vestíbulo, salir, irse a casa y tomar la decisión de dejar el caso en manos de Adam. No tiene más que hacer una llamada y le pagarán la baja maternal durante un año. De haber sabido lo violento que iba a ser su primer caso, quizá lo habría hecho.

El futuro es un misterio, pero los planetas se acercan a constelaciones peligrosas. En esos momentos, el destino de Margot flota como una hoja de afeitar sobre una superficie de agua estancada.

La luz del ascensor la hace parecer mayor. La delgada línea negra del lápiz de ojos ya casi ha desaparecido. Al echar la cabeza hacia atrás, comprende lo que quieren decir sus compañeros cuando comentan que es igual que su padre, Ernest Silverman, el anterior director de la policía nacional.

El ascensor se detiene en el octavo piso y Margot camina por el pasillo lo más deprisa que puede con su prominente barriga. Adam y ella ocuparon el despacho de Joonas Linna la misma semana que la policía organizó una ceremonia en su recuerdo. Margot no llegó a conocer personalmente a Joonas y, por tanto, eso no le supuso ningún problema.

—Tienes un coche rápido —dice Adam al verla entrar, y sonrío con sus dientes afilados.

—Sí, bastante —contesta ella.

Adam Youssef tiene veintiocho años, pero su cara es redondeada como la de un adolescente. Lleva el pelo largo y una camisa de manga corta le cuelga por fuera de los vaqueros. Procede de una familia asiria, ha crecido en Södertälje y jugaba al fútbol en primera regional.

—¿Cuánto tiempo lleva el vídeo colgado en YouTube? —pregunta Margot.

—Tres minutos. El tipo está ahí fuera, ahora. Está frente a la ventana y...

—No lo sabemos, pero...

—Yo sí lo creo —interrumpe él—. Estoy seguro.

Margot deja el pesado bolso en el suelo, se sienta en su silla y llama a los técnicos.

—Hola, soy Margot. ¿Nos habéis enviado una copia? —pregunta con insistencia—. Vale, escúchame, necesito un sitio o un nombre, que identifiquéis el lugar o a la mujer... Concentrad todos los recursos, disponéis de cinco minutos, haced lo que os dé la gana, pero dadme alguna pista que seguir y prometo soltaros luego para que paséis una agradable noche de viernes.

Cuelga el teléfono y abre una caja de pizza que hay sobre la mesa de Adam.

—¿Has terminado con esto? —pregunta.

Suena un mensaje en la bandeja de entrada del correo electrónico y Margot se mete rápidamente un borde de pizza en la boca. Una arruga de impaciencia se le marca en la frente. Abre el archivo del vídeo y maximiza la imagen en la pantalla, se echa la trenza sobre la espalda, pulsa *play* y empuja la silla hacia atrás para que Adam también pueda ver.

Lo primero que se observa es una ventana iluminada que oscila en la oscuridad. La cámara se acerca con cautela y algunas hojas rozan el objetivo.

A Margot le tiemblan los brazos.

Hay una mujer en la estancia iluminada, de pie frente al televisor. Está comiendo helado directamente de una tarrina.

Se ha bajado los pantalones del chándal y se ha sacado una de las perneras, de manera que arrastra los pantalones al andar.

La mujer mira la tele de reojo, se ríe y chupa la cuchara.

En el despacho de la comisaría hay silencio absoluto, sólo se oye el ventilador del ordenador.

«Dame un solo detalle que se pueda rastrear», piensa Margot mientras observa la cara de la mujer, los bellos ojos, los pómulos y la suavidad de la nuca. Su cuerpo parece despedir vapor a causa del calor acumulado: acaba de hacer deporte. El elástico de las bragas blancas está dado de sí después de tantos lavados, y se le transparenta el sujetador a través de la camiseta sudada.

Margot se inclina sobre la pantalla, la barriga le presiona los muslos y la trenza vuelve a caer hacia adelante por encima del hombro.

—Queda un minuto —dice Adam.

La mujer deja la tarrina de helado en la mesa de centro y sale de la habitación con los pantalones colgando alrededor del pie derecho.

La cámara la sigue, se mueve de lado, cruza una puerta estrecha que da a la terraza y se aproxima a la ventana del dormitorio, donde la luz está encendida y se ve de nuevo a la mujer. Ella termina de quitarse los pantalones con los pies y los lanza de una patada hacia una butaca que tiene un cojín rojo. Los pantalones vuelan por el aire, chocan contra la pared junto a la butaca y caen al suelo.